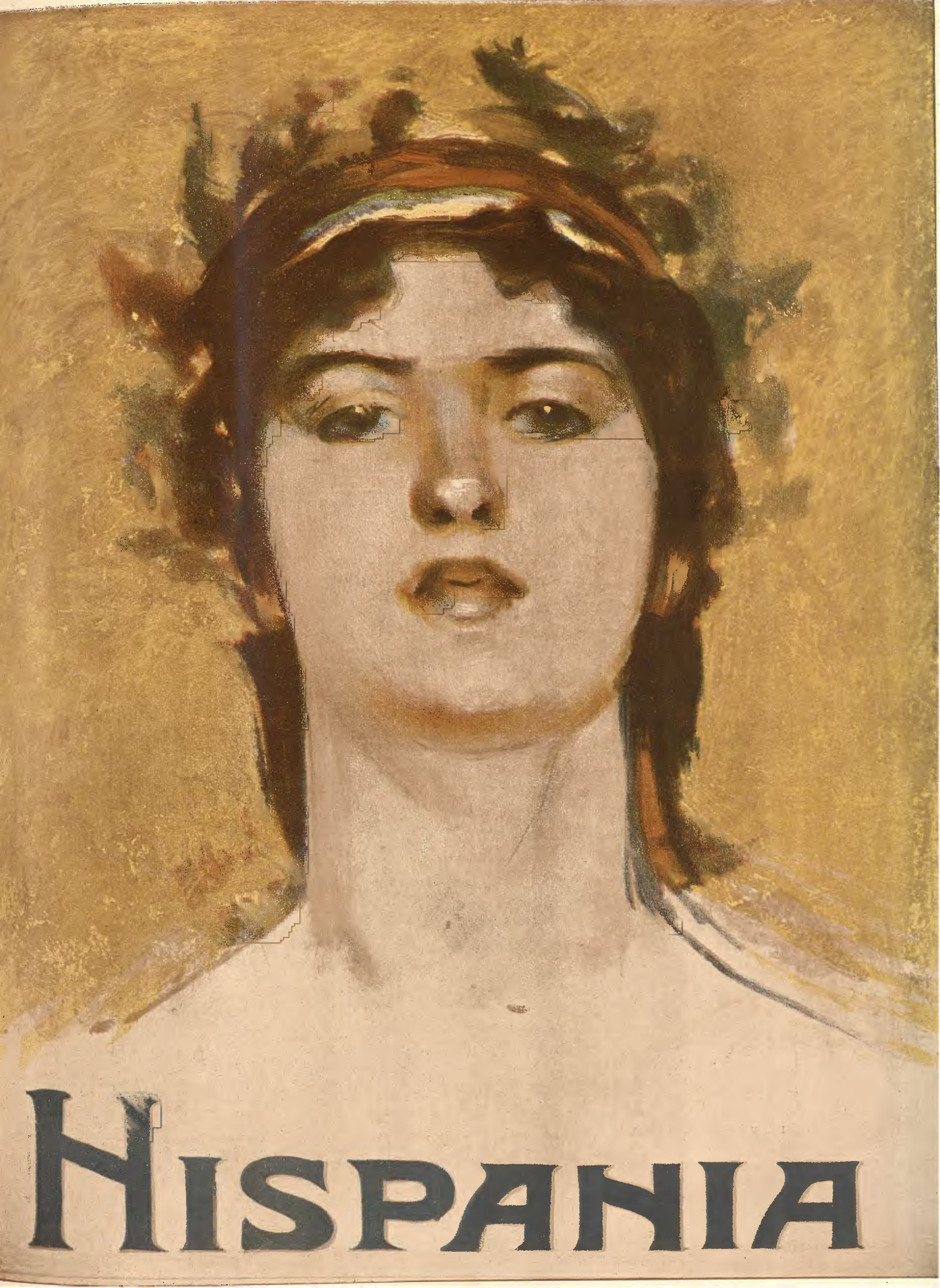


# HISPANIA

## SUMARIO

Portada (en colores). — La redoma encantada (final acto 3.º) — El Diputado, por Antonio Cortón, ilustraciones de A. Mas y Fondevila. — La Nona Alférez. Un fusilamiento, por D. U. Vierge. — Vargueños, Arquillas taraceadas, etc., por Pompeyo Gener, ilustrado con fotografías. — Siluetas, por L. Bonnin. — Malagueñas. Trinitaria, poesías por N. Días de Escovar. — Teodora, por José Lapeyra, ilustrado por el mismo. — Costumbres valencianas, por J. Benavent — Los Nibelungos Poema alemán )



F. Soler y Rovirosa.— Final del acto 3.º de «La Redoma Encantada» (Teatro Principal de Barcelona)

# EL DIPUTADO

Su triunfo electoral fué un escándalo. Sus íntimos, sus colegas, sus contertulios del café y billar de la Amapola, no daban crédito á la noticia, á pesar de haberla leído, escrita con letras gordas, en todos los diarios de Madrid. Tan enorme, tan inaudito parecía á todos aquella improvisación. ¡Diputado á Cortes Luis Sancho!... ¡Padre de la patria Luis Sancho!... ¿Qué había hecho *ese*?... ¿Qué títulos tenía *ese*? ¿Qué servicios había prestado á ningún partido *ese*?...

Entre todos los de la *peña*, el más sorprendido, el más indignado con el triunfo de Sancho, el que echaba chispas por los ojos cuando se trataba del asunto, era Rodríguez, su paisano. Habían sido amigos y conmilitones desde la infancia. En el mismo villorrío de apartada provincia habían nacido, y juntos crecieron y, sin separarse jamás el uno del otro, aunque aborreciéndose á socapa, llegaron los dos á la adolescencia. A encontrarse volvieron, en las aulas del Instituto. Y en el primer peldaño de la Facultad de Derecho se separaron para no volverse á ver sino en el café y en el billar. Porque Rodríguez, que era una fiera para el trabajo, continuó sus estudios y se hizo abogado, mientras que Sancho, más aficionado á las buenas mozas que á la Instituta, ahorcó los libros de Derecho para meterse, como Fray Gerundio, á predicador.

—¡Qué país este! ¡Diputado Sancho! — vociferaba Rodríguez, dando puñetazos sobre la mesa y haciendo desbordarse la cerveza contenida en la copa.

—Ya ves como se salió con la suya. «Yo iré al Congreso—nos decía siempre — mientras que vosotros, pelagatos, os moriréis aquí en el café.» Se salió con la suya, y después de todo, lo merecía, porque, como tener palabra bonita... la tiene.

—Y ¿qué es tener palabra?—rugió Rodríguez.—¿Qué es tener palabra? En España todos somos oradores. Lo soy yo, lo eres tú, lo es aquél... Camarero ¿no eres tú también orador? ¿Basta esto? ¿Basta esto para ser diputado? ¡Qué país este! ¡Diputado Sancho!

—No seas envidioso, Rodríguez. Hay que convenir en que Sancho será... todo lo que tu quieras, pero es orador, y con su palabra...

—¡Si habla como un cochero!...

—Déjame seguir... Y con su palabra ha hecho todas sus conquistas.

—Habrá sido con su hermosa presencia...

—Lo mismo da... Acuérdate de cuando estudiábamos retórica. Una hermosa presencia es, según los preceptistas, una de las condiciones del buen orador.

—Diputado ¡por su linda cara! ¡Qué país este! ¡Diputado Sancho!

—Ya sabes la historia. Guapo, y siempre vestido con elegancia, porque hay sastres Mecenas que protejen al genio, y patronas...

—¡Pobre doña Tecla!...

—... y patronas que le dan de comer á crédito, el hombre se dedicó á hacer el amor y á procurarse un buen partido, tropezándose en la Castellana con Rosita, niña del gremio de las feas, pero hija única del cacique del distrito de la Trampa. La siguió á provincias, la sugestionó con su oratoria apasionada y florida, y logró al fin su amor y con él la realización de sus sueños...

—Pero ¿se ha casado ese botarate?...

—Todavía no; pero de eso se trata. ¡Cómo había de casarse si no tiene un céntimo!... No tener un céntimo, pero tener *una legislatura*, es ya algo. Siendo empleado, como tú y como yo, no podía pasar de los seis mil. Después de ser Diputado á Cortes, se puede obtener, según la ley, un gobierno de provincias. Y Rosita, que es vanidosa, ambiciona ser de cualquier modo (y, de lo contrario, amenaza al papá con meterse á monja) gobernadora de su ínsula. Y por todo lo cual ya tienes al hombre en el Congreso...

—¡Qué país este! ¡Diputado Sancho!...

—Y todo irá bien si doña Tecla, la patrona, *no introduce el pie*...

—Pues hay que hacer que *lo introduzca*... Y esa es nuestra misión—dijo Rodríguez, animando su rostro con una sonrisa mefistofélica.

—Nada menos que tres mil pesetas le debe. Vamos á verla con el pretexto de felicitarla y, de paso, la aconsejamos que vaya al Congreso y, en sesión pública, le suelte la escandalosa.

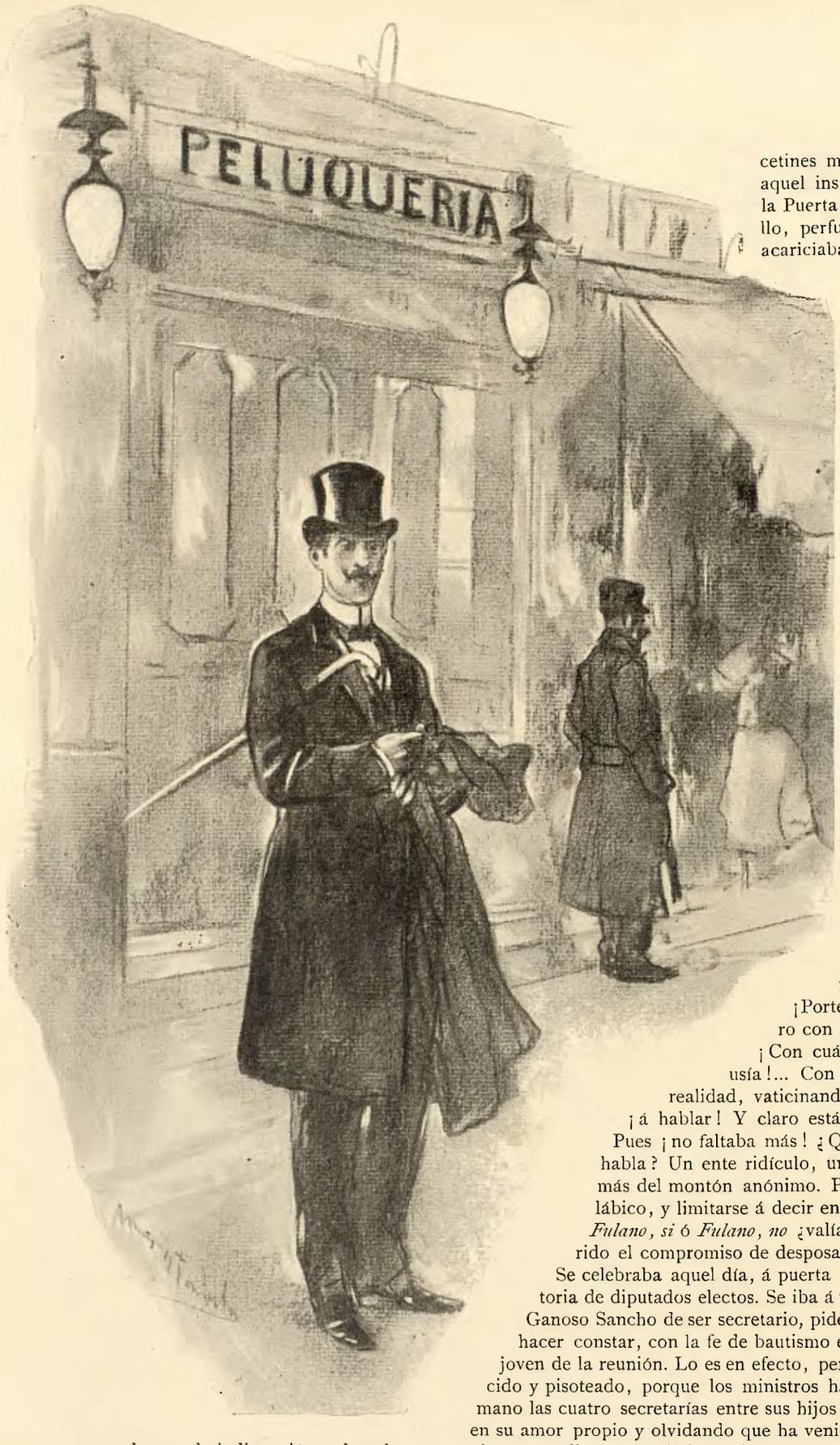
—No se atreverá.

—Ya lo creo que si. Á eso y á mucho más. Pero no hay tiempo que perder. Paga, y vámonos. Primero, al Congreso á felicitar á Sancho...

—Después, á la calle del Bonetillo, á felicitar á la otra.

* * *

El novel diputado no cabía en sí de gozo. Al fin, no contando aun más que veinte y seis años, veía realizada su ambición. Era diputado. Ya podía entrar libremente, sin que le detuviese el portero pidiéndole el pase, en el augusto templo de las leyes. Ya podía hablar, hablar mucho, soltar discursos á granel, interpelar al gobierno, derribar gobernadores y alcaldes, hacer sudar á los taquígrafos. Era el mejor día de su existencia. Acababa de recibir con aire de desdeñosa indiferencia la felicitación calurosa de sus contertulios del café. Se había puesto su sombrero de copa más reluciente, su levitón mejor entallado, sus cal-




cetines más pintorescos. Venía en aquel instante de la peluquería de la Puerta del Sol, y rizado el cabello, perfumados barba y bigotes, acariciaba su plan, que no era, que no podía ser otro que hablar, hablar aquel día, con cualquier pretexto, sobre cualquier asunto, en pro ó en contra...

Vitigudino, el portero, mientras empujaba la cancela para abrirle paso, le dijo con sinceras y espontáneas demostraciones de júbilo:

— Que sea enhorabuena, D. Luis. Cuando lo leí en el periódico, tuve una alegría... Ya se lo dije á usía cuando nos veíamos arriba, en la tribuna: que usía vendría algún día á esta casa... ¡Más me alegro!... Y ahora ¡á hablar!

— A eso vengo. Y tú ¿como andas?

— He ascendido. Ahora estoy abajo, aquí en la puerta. También usía ha ascendido bajando de la tribuna á los escaños. ¡Más me alegro!

¡Portero simpático!... ¡Qué severo con su galoneado uniforme!... ¡Con cuánto respeto le trataba de usía!... Con qué claro sentido de la realidad, vaticinando sus victorias, le decía: ¡á hablar! Y claro está que hablaría, y mucho. Pues ¡no faltaba más! ¿Qué es un diputado que no habla? Un ente ridículo, una figura decorativa, uno más del montón anónimo. Para ser diputado monosilábico, y limitarse á decir en las votaciones nominales *Fulano, si* ó *Fulano, no* ¿valía la pena de haber adquirido el compromiso de desposarse con una fea?

Se celebraba aquel día, á puerta cerrada, la junta preparatoria de diputados electos. Se iba á nombrar la mesa de edad. Ganoso Sancho de ser secretario, pide y obtiene la palabra para hacer constar, con la fe de bautismo en la mano, que es el más joven de la reunión. Lo es en efecto, pero su derecho es desconocido y pisoteado, porque los ministros habían distribuído de antemano las cuatro secretarías entre sus hijos y yernos. Herido Sancho en su amor propio y olvidando que ha venido, como adicto, al Congreso, brama de indignación y de cólera, y comienza un discurso melodramático, en que declama contra el nepotismo, el compadrazgo y la tiranía. Según dice, «desde los tiempos de Nerón y Calígula, no se había visto una arbitrariedad semejante. Se ha pisoteado, se ha escupido, se ha hecho vil polvo la fe de bautismo de un ciudadano, de un representante de la nación, de la nación de Pelayo y del Cid, y esto, señores diputados, es un ultraje, un ultraje inferido, no sólo á mí, sino también y muy principalmente á la Iglesia, á la Iglesia madre de la civilización, á la Iglesia, tutela del desamparado»...

Mil voces de «¡Fuera! ¡Fuera!» salen de todos los escaños. El vocerío aumenta. El presidente, dominando el tumulto, retira la palabra al orador. Este sostiene un vivo diálogo con la presidencia, y, después de quedarse ronco, á fuerza de dar gritos, se sienta al fin jadeante y sudoroso, mientras sus colegas, con uniosidad maligna,

de banco á banco se preguntan: ¿Quién es ese? ¿De dónde ha salido ese? ¿Quién *ha traído* á ese?

Bien pronto se supo quien era *ese*. Al discutirse la contestación al Mensaje de la Corona, *consumió* Sancho el primer turno en contra. Tres horas largas de talle estuvo el hombre perorando, y aun no salió del exhordio. *Antes de entrar*, segun dijo, *en materia*, rogó *al dignísimo señor presidente* que le concediese cinco minutos de descanso. Para que el orador descansase hubo que suspender la sesión. Al reanudarse ésta, minutos después, continuó Sancho su interrumpido discurso, pero sin más auditorio que los taquígrafos. ¿Arredróse por esto? Ni mucho menos. Habló otras dos horas, hasta que el reloj señaló la de *Vámonos*. Porque para él el primer mandamiento de la ley del diputado era hablar, y hablar mucho y de todo.

En la discusión de los presupuestos, más de veinte veces tomó parte. Presentó y apoyó proyectos de ley, proposiciones incidentales, votos de confianza ó de censura, según en ganas le venía, al gobierno de Su Majestad, é *interpeló* uno por uno á todos los ministros y singularmente al de Marina, que no era orador y pasaba, el mísero, las penas del Purgatorio para contestarle. Hasta en las Secciones, donde es costumbre tratar los asuntos en *petit comité* y en charla casi familiar, rompió las tradiciones de la casa, pronunciando discursos altisonantes y líricos.

Invariablemente, en aquella legislatura, todos los números del *Diario de las Sesiones de Cortes* comenzaban en esta forma:

— El señor Presidente: — Ábrese la sesión.

— El señor Sancho: — Pido la palabra.

Al principio los diputados, no bien el mozo empezaba á hablar, desalojaban el salón de sesiones, dejándole á solas con el presidente y los taquígrafos. Más tarde adoptaron el partido de escucharle, para *tomarle el pelo* coreando sus discursos con cuchufletas y risotadas. Hay en todas las legislaturas un diputado que desempeña el papel de *gracioso inconsciente* y al que todos jalean para bromear á costa suya. Y el gracioso de aquella legislatura fué Sancho. No se preocupaba él con interrupciones más ó menos satíricas. Tenía su máxima y se decía: « Diputado vergonzoso y que teme al ridículo, está perdido sin remedio.» Y él no quería, ni mucho menos, perderse.

* * *

¡Qué olor, qué fuerte y penetrante olor á agua de Colonia se esparció aquella tarde por la tribuna de Señoras! Era que entraba allí doña Tecla, radiante de hermosura, con su traje negro de seda y su mantilla de blondas. La ex-patrona de Sancho, empujada á ello por los amigos del orador, venía á *armar bronca* y estaba dispuesta á ir á la cárcel, si se terciaba, á trueque de dar un disgusto gordo á su ex-pupilo. Llegaba á tiempo. Sancho, estrenando una levita, y con un clavel en el ojal, pronunciaba un discurso de ruda oposición al gobierno.

— Cuando los gobernantes — decía — no temen á la opinión; cuando la opinión se manifiesta por modo unánime contra el gobierno; cuando el gobierno, con soberbia satánica, desafía las iras del pueblo... (Grandes risas en la tribuna de señoras, donde doña Tecla comenta en alta voz el discurso.)

— El señor Presidente: — ¡Orden! ¡Orden! Los hugieres cuidarán de mantener el silencio en esa tribuna.

— Cuando el gobierno — continuó Sancho — desatiende sistemáticamente los clamores del pobre pueblo que pide pan; cuando hombres que se llaman demócratas y que en virtud de su abolengo, ocupan ese banco, faltan á todos sus compromisos y no pagan sus deudas...

Al llegar aquí el orador, bajó de la tribuna de señoras una voz, aunque femenil, estentórea y tremenda, que dijo:

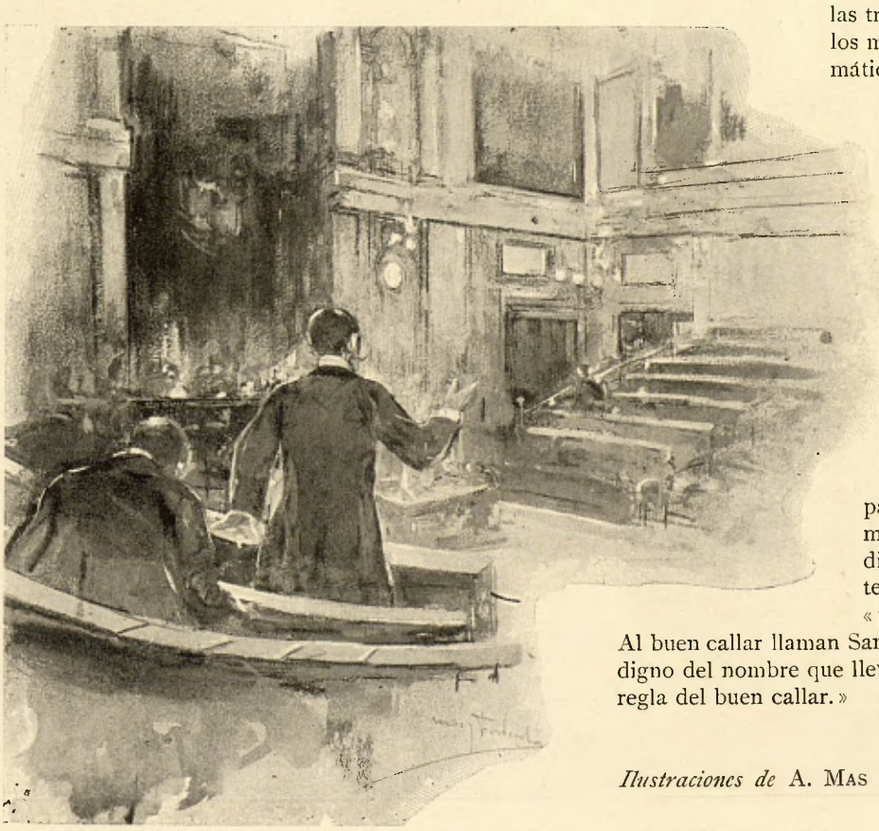
— ¿Y mis tres mil pesetas? ¿Habrá hipócrita?... El que no paga, eres tú. ¡Bribón! ¡Pillo!

El jolgorio, en el salón y en todas las tribunas, fué monumental. Hasta los maceros, con sus majestuosas dalmáticas, soltaron la risa. Y el presidente, que era zumbón y que *tenía cosas*, remachó el clavo diciendo á Sancho:

— Su señoría *conoce el deber*... de ceñirse á la rectificación.

Con el corazón hecho pedazos, el infatigable Mirabeau á quien jamás habían vencido argumentos, ni injurias, ni bromas, apeló vergonzosamente á la fuga. Nadie volvió á verle por el Congreso; pero cuenta un cronista que, al abandonar para siempre aquella tarde memorable el templo de las leyes, dijo Sancho á Vitigudino, el portero, echándose en sus brazos: «¡Basta de libros de caballerías! Al buen callar llaman Sancho, y de aquí adelante me haré digno del nombre que llevo, observando estrictamente la regla del buen callar.»

ANTONIO CORTÓN



*Ilustraciones de* A. MAS Y FONDEVILA



D. U. VIERGE.—LA NONA ALFEREZ. UN FUSILAMIENTO

Renacimiento y siglo XVI

# Vargueños, Arquillas taraceadas,

## Sillas y Sillones del propio estilo

En el siglo XVI entra el uso de un mueble en España, cuyo uso dura aún en nuestros días, y sobre el origen del cual los autores no están conformes. Hablamos de la *arquilla, arquimesa, bufetillo* ó *contador,* que de todas estas maneras se llamaba. En Francia fué conocido, aunque menos usado, con el nombre de *Cabinet.*

Creen unos que este mueble es de origen alemán, y otros le atribuyen un origen italiano, pues algunos de allá nos llegaron. Pero el verdadero origen es oriental. En Italia les vino de Bizancio, ya en la Edad Media, pues los más primitivos afectan allí una arquitectura y un decorado que se parece no poco al de San Marcos de Venecia; y en España fueron los moros sus introductores, y harto lo dice su primitiva forma y ornamentación externa. Así se encuentran ya bufetillos ó arquillas antes del siglo XV, lo mismo en España que en Sicilia y en Venecia, mientras que en dicha época no se hallan aún ni en Alemania ni en Francia.

Concretándonos á España, diremos, que en el siglo XVI, y aun mucho antes, en las comarcas de Andalucía, Castilla, Murcia, etc., es decir de ultra Ebro, la forma típica que afecta la arquilla es la llamada *Vargueño,* de Vargas, pueblo de la provincia de Toledo, en el que se labraban ya en tiempo de los árabes. No obstante diremos que esta afirmación no está apoyada por más documentos que la tradición oral y el carácter morisco de la labor de dichos *bufetillos.*

Todos ellos tienen un aspecto típico oriental.

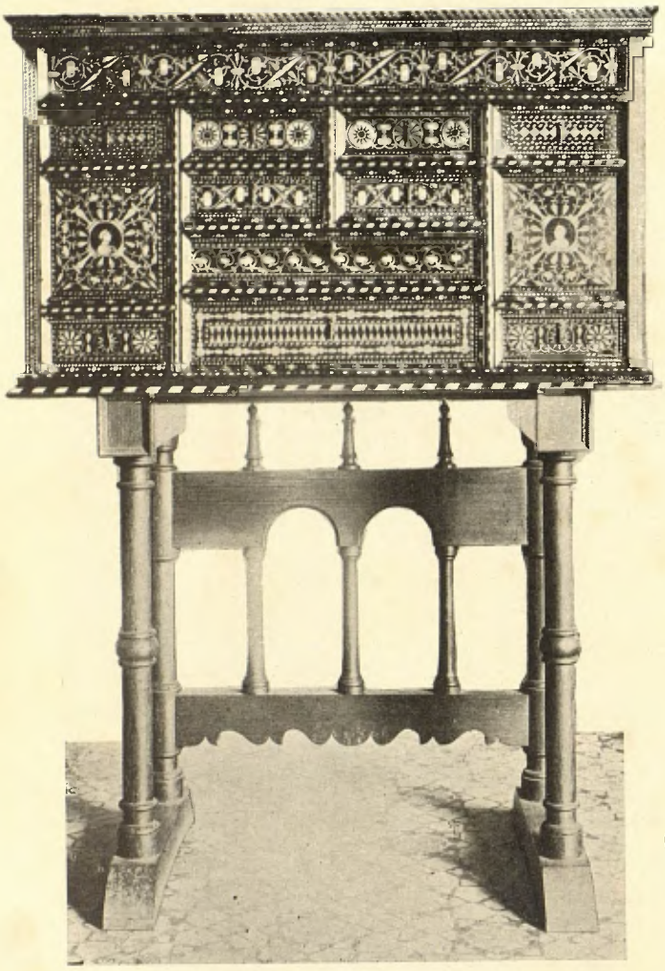
Acostumbran á afectar dos formas diferentes: la de *Vargueño de pie de puentes,* y la de *Vargueño frailuno.*

Tiene el primero la forma de un cofre cuadrangular con tapa, sujeta por abajo por unos goznes, cuya tapa se baja quedando en sentido horizontal, para servir de mesa, cuando se quiere escribir en ella.

Esta caja va montada sobre un elegante pie formado por seis montantes en forma de columnitas ó de balustres, tres á cada lado, sosteniendo dos barras cuadrangulares sobre las cuales se apoya la arquilla; estas barras terminan en forma de cara ó de conchas, para disimular otra barra interior concéntrica que se estira para sostener la tapa de la arquilla cuando se baja á fin de servir de mesa ó escritorio. Las columnas de delante son por lo general estriadas y las demás salomónicas. Entre las dos columnas centrales apóyase una pieza que tiene la verdadera forma de un puente de cinco arcos. Los tres centrales más elevados y los dos laterales más bajos, apoyándose las columnitas ó balustres de los arcos sobre un trabazón de madera esculpida, por el mismo estilo de las esculturas de los arcos. En algunas hay pináculos, en la parte superior del puente.



Arquimesa catalana, mitológica, con embutidos de boj, de las llamadas frailunas
Ejemplar raro. Siglo XVII



Arquimesa castellana taraceada
Época de transición del árabe al renacimiento. Siglo XVI

Este pie de arquilla acostumbra á usarse en los siglos XVI y XVII, también en las arquillas de taracea, en las de marfiles y en las de incrustaciones de concha.

En los *Vargueños frailunos* el pie es un mueble como un armario con puertas, con grandes cajones en su interior, y con la decoración mudejar, que es la que también ostentan las arquillas.

La arquilla tiene por lo regular á ambos lados dos asas de hierro dorado, con placas más ó menos ornamentales, lo mismo que sus ángulos, qne están placados también de igual manera. Su tapa delantera está adornada con varias chapas caladas, especialmente una central, que ornamenta el cerrojo que la cierra. Las bisagras y los aldabones están también así ornamentados, siendo todo de hierro dorado. Á través de los calados de dichas tapas vése, como fondo, terciopelo carmesí ó paño grana.

El interior de estas arquillas está dividido en muchos cajones y cajoncitos, habiendo, por lo general, en ellos *secretos* ó *escondites* que se abrían mediante un muelle y tocando una de las esculturas que sólo conocía el dueño.

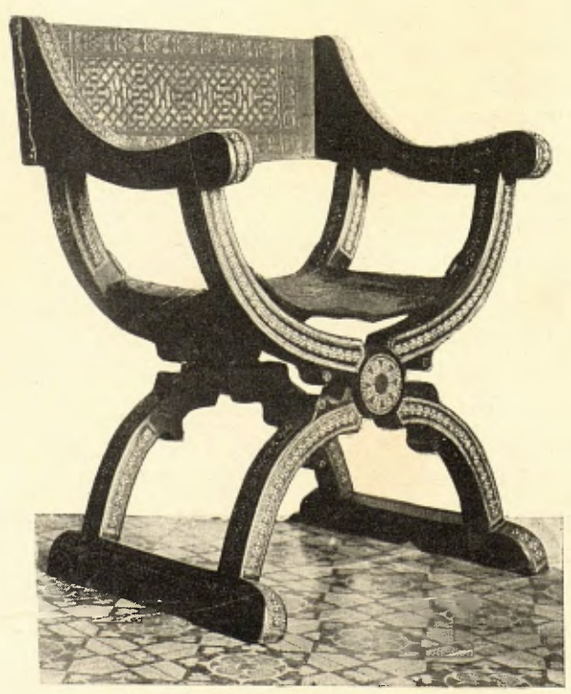
La decoración del mueble interior ó sea la fachada que se descubre una vez abierta la tapa, es puramente mudejar. Allí abundan las columnitas de marfil ó de hueso y los arcos, dentellados ó festoneados, y la decoración de los plafones, consiste en un alicatado, compuesto de bermellón, oro y verde, ó azul, produciendo un efecto puramente oriental. Los cajones tienen pomos de hierro dorado, ya estriados, ya en forma de pequeñas piñas, ya en forma de conchas de Santiago.

Atribúyense algunos de estos muebles de los más preciosos á artistas españoles tales como Silva, Forment, Vigorni y Berruguete, pero nosotros lo dudamos, creyendo más que en su primera época fueran obra de moriscos y que luego continuaran fabricándose por tradición.

Al par que los *vargueños*, fabricáronse aquí *arquillas*, *bufetillos* y *arquimesas de taracea y esgrafiados*.

En Gerona se hacían los de *pinyonet* como las cajas, así como en otros puntos de las provincias mediterráneas, especialmente del reino de Valencia. Tienen estos más comunmente dos grandes puertas con plafones, y un interior de cajones, con festoneados, cuya ornamentación es toda de taracea, igual á la de las cajas.

Como los vargueños, sostiénense unos sobre un pie de puente, exactamente igual al de aquellos, sin decoración de taracea; pero los más están sobre una mesita incrustada lo mismo que la arquilla, ó sobre un armario como el de los *vargueños frailunos*, cuyos plafones y demás están todos incrustados y decorados como la propia arquilla. No obstante, en algunos, el pie, mesa ó armario que les sirve de sustentáculo, no tiene incrustación alguna y la arquilla entonces no tiene puertas sino que aparecen sus cajones y compartimentos motivados en la fachada de la



Sillón taraceado y con cuero, de Córdoba,
de forma llamada romana. Siglo XVI

misma. Entonces el escritorio se forma tirando de dos anillos ó botones que están entre el pie y la parte baja de la arquilla, y sale una tabla plana hacia delante y en sentido horizontal, que es la que sirve de mesa escritorio.

* * *

Para concluir con las taraceas diremos que se aplicaban también á las sillas, sillones y bancos, aunque no á las camas.

Los asientos de taracea, afectan por lo general dos formas. El de la silla *curula* romana, ó sea sillón senatorial, y á veces imperial, y el de las sillas llamadas Sicilianas. Los sillones romanos son curvos en todas sus líneas, tales como lo eran los antiguos, teniendo un respaldo de *guadamaciles* de Córdoba, ó de cuero decorado veneciano, lo mismo que el asiento.



Silla Siciliana, de influencia oriental

Las sillas sicilianas, tienen un pronunciado carácter oriental y su respaldo consiste en un tambor de badana blanca, (lo mismo que su asiento) sostenido por cordones de seda blanca; los clavos son de cobre rojo. Estas sillas acostumbran á ser de ébano, y las incrustaciones de marfil y nácar. Son muy típicas y en general muy poco conocidas, pues desde el Renacimiento sólo se usaron en Sicilia y en el condado de Atenas. Hay quien pretende que era la forma usual de las sillas de Bizancio.

POMPEYO GENER

Los grabados de los muebles que reproducimos son sacados de los de la notable colección del Dr. Viñeta Bellaserra.



L. BONNIN.—SILUETAS



## MALAGUEÑAS

Iincarse toos de roíllas
y no se alevante naide
¡con su corona de nieves
por allí viene mi mare!

Mujer que hace cara á muchos,
la comparo á un caramelo,
que lo van probando todos
y así se va consumiendo.

En el amor de una rubia
he conseguido aprender,
que ellas saben olvidar
cuando se las quiere bien.

Dices que soy rencoroso
y no sé por qué lo digas:
¡lloró mi madre por tí
y te he dejado con vida!

*Narciso Diaz de Escovar*

## TRINITARIA

Cuando yo me muera
quiero que me pongas,
las secas violetas que yo te he entregado
dentro de mi fosa.

Dentro de mi fosa
quiero que coloques,
aquel rizo negro que es dulce memoria
de plácida noche.

De la noche aquella
los dulces recuerdos,
serán la más grata, serán la más rica
mortaja del muerto.

*Narciso Díaz de Escovar*

## MALAGUEÑAS

En el agua de tus mamos
no quiero apagar mi sed
que esa fuente me daria
mayor ansia de beber.

Emigrante de mi vida,
cuando atravieses los mares
tal vez te llevem las olas
las lágrimas de tu madre.

A mi guitarra le tengo
un cariño sin igual,
porque ella sabe secretos
que no saben los demás.

Dices que me quieres poco,
pues ese poco es bastante,
que las semillas más chicas
forman árboles muy grandes.

*N. Diaz*

Composición de Audouard, fot.

# TEODORA

El imperio bizantino estaba en todo su apogeo cuando empezó la construcción de Santa Sofía de Constantinopla, obra soberbia de arquitectura cristiano-oriental que aun en el día es la admiración de los numerosos estranjeros que van á visitar la populosa ciudad otomana.

El emperador Justiniano I mandó eregirla á principios del año 531 en acción de gracias al Señor por una victoria importante alcanzada contra sus enemigos, y á este efecto llamó á su lado á los famosos arquitectos Isidoro de Mileto y Antemio de Trolles ordenándoles que activasen los planos para dar comienzo á la grandiosa fábrica.

Presentados estos y aprobados por el emperador, empezó la construcción el día 23 de Febrero del año 532, empleándose centenares de esclavos de todas razas sin distinción de sexos ni edades, pues mientras los varones tenían á su cargo los trabajos de corte y colocación de bloques, las hembras clasificaban los mosaicos y preparaban otros elementos de ornato y decoración.

Multitud de pesadísimos carros y otros aparatos de transporte hormigueaban entre aquella oleada de seres humanos medio desnudos que con admirable disciplina secundaban los planes y obedecían ciegamente las órdenes de los arquitectos.

La fastuosa corte de la emperatriz acudía frecuentemente á presenciar los trabajos, y Teodora, que era una mujer en extremo bondadosa, gustaba de hablar con los esclavos, alentándoles con palabras dulces y exortándoles á trabajar por el bien del arte religioso y la civilización bizantina.




Pasados algunos años, los trabajos habían adelantado notablemente y á mediados del mes de agosto del año 540, ya se levantaba soberbia casi toda la basílica á la que pusieron el nombre de Santa Sofía, que quiere decir *Divina Sabiduría*.

Esta iglesia, situada en la parte oriental de Constantinopla, entre el palacio imperial y el Hipódromo, era el monumento más grandioso del genio bizantino que se ha conservado hasta hoy intacto en todas sus partes, como otro pequeño templo dedicado á San Sergio en tiempo del imperio.

La cúpula principal de Santa Sofía quedó muy mal parada en 558 á causa de un terremoto, pero la reedificaron, pudiendo terminarse el 24 Diciembre de 563.

El cuerpo más grandioso del edificio era un cuadrilongo que media 75 metros de largo por 70 de ancho; el diámetro de la cúpula en su arranque era de 32 metros y su punto más alto estaba á 56 metros sobre el suelo, hallándose sostenida por cuatro formidables columnas.

La basílica contaba entre bajos y galerías unas cien columnas de mármol, y más de 30 ventanas adosadas en el perímetro de la cúpula principal, daban entrada á la luz que abrillantaba notablemente los ricos mármoles y magníficos mosaicos que decoraban el interior de las bóvedas.

La parte exterior no era elegante ni esbelta sino al contrario, pesada y gigantesca, pero la interior resultaba imponente y suntuosísima.

Al traspasar la puerta de la basílica, el espectador se sentía atraído primeramente por la grandiosa nave central, y luego, dirigiendo la vista á las laterales, penetraba en las profundidades de las galerías hasta perderse de arcada en arcada á la elevada cúpula.

El interior se decoró de una manera riquísima, pues se invirtieron los mármoles más costosos y raros para la composición de los dibujos de las columnas, empleando para los mosaicos piedras las más finas y de más brillantes colores. Estos mosaicos representaban escenas de la Biblia y eran todos ellos salpicadas de oro que resplandecía entre colores de todos los matices.

El espacio ocupado por el altar, era un ascua de oro, siendo de plata el tabique divisorio y las columnas entre el altar y el coro, reluciendo encima grandes discos representando á Jesucristo, á la Virgen María, y á los apóstoles y profetas.

Un tabernáculo altísimo de plata ricamente trabajado, realzaba el altar, que era todo de oro incrustado de piedras preciosas y estaba cerrado á los profanos por magníficos tapices bordados representando asuntos religiosos.

Encima del pórtico que conducía al peristilo de la nave central, había un inmenso mosaico semicircular (éste se ha conservado hasta nuestros días) que representaba á Jesucristo sentado sobre un trono con un medallón á cada lado figurando la Virgen y el arcángel S. Miguel, y prosternado á los pies del Salvador la efigie del emperador Justiniano, quien traía adornada la cabeza por una diadema de perlas, emblema de la dignidad imperial.

Rodeaban también á la basílica otras construcciones adosadas al edificio principal, terminando sus lados por cuatro minaretes



elegantísimos y elevados, levantándose á alguna distancia un pequeño edificio llamado *esccnofilácio* donde se encerraban los vasos sagrados y los féretros de lujo para los grandes entierros, y á la parte opuesta se alzaba otro edificio cuadrado con un ábside, arcadas, peristilo y una cúpula: su interior sirvió de baptisterio.

Al fin el grandioso templo quedó terminado por segunda vez el día 24 de Diciembre del año 563, restando solamente colocar las puertas de bronce y descubrir dos colosales estatuas representando al emperador Justiniano y á su esposa Teodora, sorpresa que tenían preparada á los monarcas los dos arquitectos Isidoro y Antemio.

Estos, al proceder á la colocación y descubrimiento, manifestaron el deseo de efectuarlo con gran solemnidad en presencia de toda la corte; Justiniano y Teodora accedieron, y, acompañados de su séquito, encamináronse al sitio donde debía verificarse la ceremonia; los arquitectos lo tenían todo preparado, las cuerdas estaban tirantes de las cábrias y caballetes y los esclavos aguardaban las órdenes oportunas.

Al llegar los monarcas, fueron victoreados y aclamados por la multitud, tomando asiento poco después sobre un estrado riquísimo que habían mandado prepararles los directores de la obra.

Dada la señal por el emperador, Isidoro, tras un breve discurso, dió orden de descubrir las estatuas; Justiniano al divisar al lado de las puertas aquellas dos moles cubiertas por la tela, movido por la curiosidad, adelantóse hasta el peristilo sin hacer caso aparente del viento que, saliendo del interior de la basílica, soplaba con formidable fuerza haciendo vacilar los andamios y crujir el maderámen.

En esto, al ir á descorrer el velo que cubría las estatuas el esclavo encargado de este trabajo, tuvo la desgracia de que una fuerte ráfaga de viento se introdugera en los pliegues del velo é hinchándolo con irresistible fuerza, envolviera al emperador que estaba solo enfrente del andamiaje y le arrebatara la imperial corona, yendo á parar á larga distancia.

Justiniano, que era hombre de un temperamento muy irascible, al ver la dignidad imperial atropellada y su amor propio herido vivamente, montó en cólera y llamando á su capitán de guardias diole orden de que arrojasen á Sergio (este era el nombre del esclavo) al recinto cerrado del jardín imperial donde estaba hacía pocos días un terrible león del Thibet que le había regalado el rey de Persia al emperador.

El esclavo prosternóse ante el monarca con las lágrimas en los ojos, implorando gracia, pero todo fué en vano; los guardias se lo llevaron precipitadamente á cumplir la orden de Justiniano.

Al pasar ante la emperatriz, ésta le dirigió una mirada llena de compasión y ternura...




Inmediatamente el emperador abandonó rápido el recinto, y la corte le siguió silenciosa hasta el atrio del palacio imperial, donde Justiniano, con tono imperioso, despidió á su séquito...

Teodora desapareció...

* * *

El crepúsculo empezaba á estender sus débiles reflejos en el horizonte, cuando la corte de Justiniano entró en el palacio después de la violenta escena ocurrida con motivo del descubrimiento de las estatuas, quedando poco después disuelta la comitiva y en silencio la morada imperial. En tanto el pobre esclavo era conducido al jardín y, llegado que hubo á la puerta rejada, suplicó al jefe de los guardias que le permitiera por un instante orar al Señor, recibiendo por toda contestación una negativa, pero tanto lloró y suplicó, que por fin le otorgaron esta gracia, la cual fué su salvación, pues esta circunstancia dió tiempo á la Emperatriz para volar en su ausilio.

Teodora era una mujer magnánima; cuando su marido dió orden de sacrificar á Sergio, enseguida formó su plan.

Era Sergio sumamente querido de la emperatriz, por ser hijo de su nodriza, á quien quería entrañablemente; él también por Teodora hubiera dado la vida, pues ya en distintas ocasiones se lo había demostrado, y como llegaba entonces el turno á la emperatriz, por eso esta no quería tampoco ceder en generosidad.

El caso es que cuando los guardias se presentaron á la puerta del jardín conduciendo al prisionero, Teodora había ya dado orden á su mayordomo que tuviese preparado un buen caballo ensillado, y precipitándose de repente en medio de los guardias y abriéndose paso entre los que custodiaban la entrada del jardín, lanzose á donde estaba el pobre Sergio más muerto que vivo, porque el león le contemplaba fijos los ojos en los suyos espantosamente abiertos.

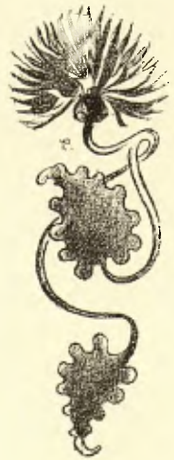
Entonces Teodora avanzó con paso cauteloso y comenzó á entonar una canción plañidera, tocando el oido del león con una varita que traía, cuyo contacto paralizó por completo todos los movimientos de la fiera y, haciendo un gesto imperioso á Sergio, le ordenó que montara á caballo sin dilación y desapareciera del imperio.

Tras breve duda, así lo efectuó el esclavo, entusiasmado y agradecido á tanta magnanimidad y grandeza de alma. El capitán de los guardias, horrorizado de ver á la emperatriz en tan grave peligro, mandó un emisario al emperador pidiendo ausilio.

Al enterarse Justiniano de lo ocurrido, sin pérdida de tiempo ordenó á sus mejores tiradores de arco que acudieran con él á salvar á su esposa, pero cuando llegaron á la puerta enrejada, el león estaba ya completamente dormido y la emperatriz Teodora salía majestuosamente del jardín, siendo festejada por una muchedumbre inmensa que, sabedora del suceso, había acudido en tropel para vitorear á su valerosa emperatriz.

José Lapeyra







JOSÉ BENAVENT.—COSTUMBRES VALENCIANAS

# LOS NIBELUNGOS

(Continuación)

Él le contestó: «Vuestra reconciliación se hará pronto en estos días. Crimilda, amada señora, decidme como puedo serviros con respecto á Sigfrido, nuestro señor.»

«Perdería todo cuidado», dijo la noble mujer «de que nadie pueda quitarle la vida, si no se abandonara á su excesivo ardor.

«¿Os figuráis señora», preguntó Hagen, «que pueden herirlo? Decidme cómo y qué medios debo oponer. Para librarlo de cualquier peligro cabalgaré siempre á su lado.»

Ella respondió: «Á tu lealtad confío al que amo tanto, para que cuides de mi querido esposo.» Le hizo conocer cosas que siempre debió tener secretas.

Añadió: «Mi esposo es bravo y fuerte también. Cuando mató al dragón, al pie de la montaña, se bañó en su sangre el esforzado héroe; por esto en los combates ningún arma puede inferirle herida.

»Sin embargo, siempre quedo en cuidado cuando va á la guerra y cuando se expone á las lanzadas de los guerreros.

»Mi amigo querido: yo te diré por donde puede ser herido mi amado esposo, porque tú lo reservarás por tu fé. Te lo diré porque tengo confianza en tu afección.

»En tanto que la caliente sangre del dragón brotaba de las heridas y el fuerte héroe se bañaba en ella, una grande hoja de tilo cayó entre sus espaldas: en este sitio puede recibir herida.»

Hagen de Troneja le dijo: «Poned en su vestido una pequeña señal, para que yo sepa cuál es el sitio en que debo preservarle, mientras dure el combate.»



Ella le dijo: «Con fina seda pondré en su traje una cruz que apenas se vea: allí será donde tu heróica mano debe defender á mi marido, cuando la batalla sea más fuerte y cuando en ella se presente el enemigo.»

«Lo haré como lo dices», contestó Hagen, «reina querida mía.» Hagen se despidió y marchó muy contento.

«¿Qué es lo que te ha dicho?» le preguntó su señor. «Si podéis impedir que la expedición se realice, iremos á una cacería. ¿Podréis conseguir que suceda así?» «Lo que tú dices», le respondió el rey, «me parece bien.»

Por la mañana temprano, el héroe Sigfrido, sumamente contento, emprendió el camino con mil de sus hombres. Iba á vengar la ofensa hecha á sus amigos. Hagen caminaba junto á él, examinando su traje.

Cuando llegaron muy cerca de la Marca, envió secretamente á dos de sus hombres: debían llevar nuevas noticias al país de Gunter de que el señor Ludegero permanecía en paz con el rey.

¡Qué gran pesar causa á Sigfrido tenerse que volver sin haber vengado la ofensa hecha á sus amigos! Con gran trabajo le hicieron desistir los amigos de Gunter. Se dirigió en busca del rey, el cual le dió las gracias.

«Que Dios os recompense, amigo Sigfrido, alma elevada, la buena voluntad con que hacéis lo que yo os mando: siempre estaré dispuesto á serviros por lo que os debo. Más que en todos mis amigos, confío en vos.

»Ya que no hemos podido hacer combatir nuestro ejército, quiero ir á cazar osos y jabalíes al Waskenwalde, como con frecuencia lo hago.» Este era el consejo de Hagen, de aquel hombre desleal.

«Dígase á todos mis huéspedes que quiero emprender la marcha por la mañana muy temprano: que los que quieran venir conmigo, estén preparados; los que quieran quedarse, que se diviertan con las mujeres; así me causarán alegría.»

Con altiva arrogancia, dijo Sigfrido: «Si os gusta ir á cazar os acompañaré con mucho gusto. Prestadme sólo un cazador y algunos perros.»

«¿Sólo queréis uno?» le preguntó el rey: «yo os prestaré con mucho gusto cuatro que conocen perfectamente la selva y los senderos por donde van las fieras.»

El distinguido caballero emprendió el camino con su esposa. Hagen se apresuró á decir al rey cómo esperaba matar al héroe.

Aquellos traidores preparaban su muerte, todos lo sabían: Geiselher y Gernot no quisieron ir á la caza. No sé por qué grande resentimiento no se lo advirtieron; después quedaron pesarosos.

## XVI

### DE COMO SIGFRIDO FUÉ ASESINADO

Gunter y Hagen, los guerreros valerosos, celebraban con falsía una cacería en la selva. Con sus lanzas aceradas, simulaban perseguir los jabalíes, los osos y los bisones: ¿qué podían hacer más atrevido?

En medio de ellos caminaba Sigfrido, con altiva arrogancia. Llevaban víveres de todas clases. Cerca de una fresca fuente debía perder la vida.

El fuerte héroe fué á donde Crimilda estaba. En bestias de carga arreglaron su equipo de caza y el de sus compañeros: iban á pasar el Rhin. Nunca Crimilda había experimentado pesar tan grande.

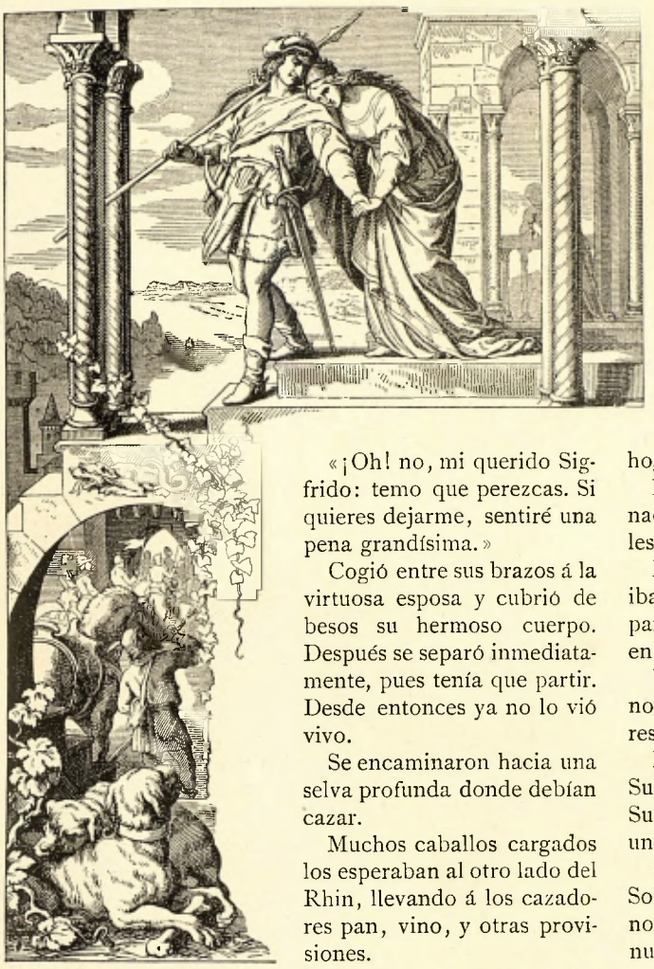
Besó la boca de su esposo amado. «Que Dios me conceda, querida mía, hallarte buena y que así tus ojos me vuelvan á ver.»

Se acordó de la confianza que había tenido con Hagen, pero no se lo quiso decir. La noble reina comenzó á llorar, quejándose de haber nacido.

Dijo al guerrero: «Deja de ir á esa cacería: he tenido un sueño de mal agüero; soñé que dos jabalíes te perseguían entre las matas; las flores se tornaban rojas.

»Temo mucho las maquinaciones de los envidiosos. Quédate aquí, querido señor, mi afección te lo aconseja.»

Él le contestó: «Querida mía, volveré dentro de poco tiempo; no conozco aquí á nadie que me pueda odiar. Todos tus parientes me quieren bien.»



«¡Oh! no, mi querido Sigfrido: temo que perezcas. Si quieres dejarme, sentiré una pena grandísima.»

Cogió entre sus brazos á la virtuosa esposa y cubrió de besos su hermoso cuerpo. Después se separó inmediatamente, pues tenía que partir. Desde entonces ya no lo vió vivo.

Se encaminaron hacia una selva profunda donde debían cazar.

Muchos caballos cargados los esperaban al otro lado del Rhin, llevando á los cazadores pan, vino, y otras provisiones.

Los fieros cazadores hicieron alto en la entrada de la selva por donde acostumbraban á salir los animales bravíos. Cuando iban á cazar en una extensa llanura, llegó Sigfrido y lo avisaron al rey.

En todas partes estaban prevenidos los compañeros de caza: así dijo el atrevido héroe, Sigfrido el fuerte: «¿Quién nos conducirá en la selva sobre la pista de los animales, guerreros fuertes y atrevidos?»

«¿Queréis vosotros» preguntó Hagen, «que nos separemos aquí, antes de dar comienzo á la cacería? De este modo mi señor y yo reconoceremos quien ha sido más hábil en la partida.

»Partiremos igualmente gentes y perros y cada uno irá donde quiera. El que mejor cace recibirá las felicitaciones de todos.»

El noble Sigfrido dijo: «No tengo necesidad de más perros, que de un sabueso bien enseñado á seguir la pista de los animales por entre la selva.»

Entonces un viejo cazador cogió un sabueso que condujo al señor en poco tiempo al sitio en que abundaba la caza. Los demás cazaron todo lo que se presentó, como aun lo hacen los buenos cazadores de nuestro tiempo.

Cuanto levantaba el perro, era cazado por la mano del fuerte Sigfrido.

Era muy diestro en todos los ejercicios. El primer animal que mató el héroe por su mano, era un fuerte jabalí; poco después se le presentó delante un furioso león.

El perro lo hizo saltar, él le lanzó con el arco una acerada flecha con la que lo atravesó. El mónstruo se adelantó hacia el cazador, pero sólo pudo dar tres saltos.

A poco mató á un bisonte y á un ciervo, cuatro fuertes toros salvajes y un macho cabrío.

El sabueso encontró un gran jabalí. Cuando comenzaba á correr, el maestro cazador se le puso delante: el animal se volvió furioso para acometer al atrevido héroe.

Lo atravesó de parte á parte con la espada el esposo de Crimilda: ningún otro guerrero lo hubiera podido hacer.

Sus cazadores le dijeron: «Por favor, señor Sigfrido, no tiréis á una parte de la caza, pues van á quedar desiertas la montaña y la selva.»

El ruído de las gentes y de los perros era tan grande, que el eco repercutía en la montaña y en la selva. Ochenta y cuatro pares de perros habían soltado.

Gran número de animales recibieron horrible muerte: los del país querían conseguir el premio de la caza, pero esto no les fué posible, al ver llegar junto á la hoguera del campamento al fuerte Sigfrido.

La cacería tocaba á su fin, pero aun no estaba terminada. Los que se aproximaban á la hoguera llevaban pieles en abundancia.

El rey hizo anunciar á los cazadores de alto rango, que iba á comer. Sólo una vez tocaron fuertemente el cuerno, para que los que estaban lejos supieran que el rey estaba en el campamento.

Un cazador dijo á Sigfrido: «El sonido de la trompa nos anuncia que debemos volver al campamento. Voy á responderles.»

El noble Sigfrido dijo: «Ahora salgamos ya de la selva.» Su caballo lo condujo rápidamente, siguiéndolo los demás. Sus gritos dieron lugar á que se levantara un feroz animal, un oso terrible. El héroe volviéndose, dijo:

«Voy á dar una broma á nuestros compañeros de caza. Soltad los perros, pues veo un oso que se va á venir con nosotros al campamento. Si no corre mucho caerá en nuestro poder.»

El perro fué lanzado y huyó el oso. El esposo de Crimilda quiere perseguirlo, pero el animal se refugia en un montón de árboles derribados, haciendo imposible la persecución. El fuerte animal creía estar bien defendido de los cazadores.

El atrevido y buen caballero se apeó de su caballo, lanzándose tras del animal, que al cabo no podía librarse. El héroe lo cogió en un instante y, sin que le causara la menor herida, lo amarró fuertemente.

Ni las uñas ni los dientes podían hacerle daño alguno; amarró el oso á la silla, montó á caballo y con gran audacia lo llevó á donde ardía la hoguera.

Cabalgó hacia el campamento con sin igual arrogancia. Su lanza era larga, fuerte y dura: una brillante espada le tocaba las espuelas y el héroe llevaba también un hermoso cuerno de oro rojo.

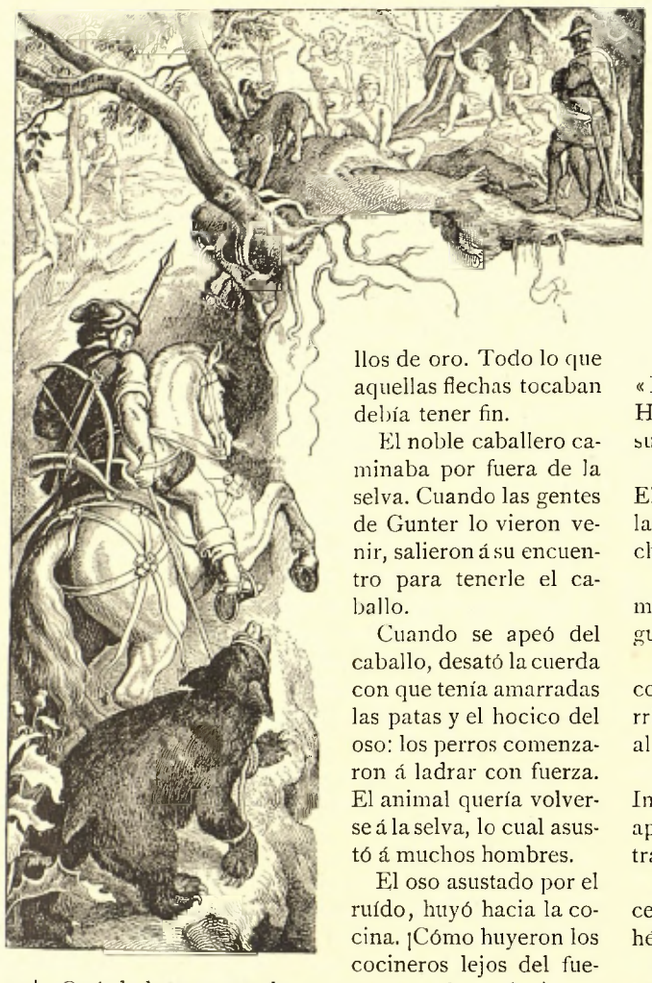
Nunca he oido hablar de mejor equipo de caza. Llevaba un traje de tela negra y un capuchón de zibelina de suntuosa riqueza.

A causa de su buen olor lo habían cubierto con una piel de pantera. Llevaba también un arco que tenían que montarlo con una palanca, sino era él quien lo manejaba.

Todo su traje de arriba á bajo iba guarnecido con pieles de lince, y sobre las ricas pieles muchas láminas de oro brillaban á uno y otro lado del maestro cazador.

También llevaba la Balmung, larga y hermosa espada: era tan dura, que al dar un golpe partía un yelmo: su filo era bueno.

Por cuanto debo hacer una reseña exacta, sabed que su carcax iba lleno de flechas, cuyos hierros, largos de un palmo, estaban engastados á los palos por medio de ani-



llos de oro. Todo lo que aquellas flechas tocaban debía tener fin.

El noble caballero caminaba por fuera de la selva. Cuando las gentes de Gunter lo vieron venir, salieron á su encuentro para tenerle el caballo.

Cuando se apeó del caballo, desató la cuerda con que tenía amarradas las patas y el hocico del oso: los perros comenzaron á ladrar con fuerza. El animal quería volverse á la selva, lo cual asustó á muchos hombres.

El oso asustado por el ruído, huyó hacia la cocina. ¡Cómo huyeron los cocineros lejos del fuego! ¡Qué de buenos manjares cayeron en la ceniza!

Jefes y escuderos saltaron de sus asientos. El oso comenzó á irritarse: el rey mandó que soltaran todas las traíllas de perros que estaban sujetos con cuerdas. ¡Aquél hubiera sido un día feliz, si terminara con bien!

El oso comenzó á huir rápidamente delante de los perros; nadie podía seguirlo sino el marido de Crimilda. Lo alcanzó con la espada y le dió muerte: el mónstruo fué acercado á la hoguera.

Los que veían aquello decían que era un hombre muy fuerte. Rogaron á los audaces compañeros de la cacería que se acercaran á la mesa: los héroes se sentaron sobre el mullido césped.

Los coperos que debían servir el vino andaban muy despacio; por lo demás los héroes no podían estar mejor servidos. Sin tener entre ellos un alma perversa, aquellos héroes hubieran estado al abrigo de toda vergüenza.

Así dijo el noble Sigfrido: «Me llama la atención que ya que nos traen tantos manjares de la cocina, ¿por qué los coperos no nos sirven vino? Si no se sirve mejor á los cazadores, no tomaré parte en ninguna otra cacería.

»Yo he dado motivo para que se me atienda mejor.» Desde su asiento el rey le contestó con falsía. «Nos enmendaremos de aquello en que hoy se os haya faltado: Hagen es el que nos quiere hacer morir de sed.»

Hagen de Troneja contestó: «Yo creía, mi querido señor, que hoy se cazaría en el Spechtsharte: allí he enviado el vino.»

El noble Sigfrido dijo: «Yo os daré las gracias: siete bestias de carga por lo menos debían habernos traído el mosto y el hidromel: de no hacer esto, debimos acampar en las orillas del Rhin.»

Hagen de Troneja le contestó: «Nobles y valerosos caballeros, yo sé que cerca de aquí hay una fresca fuente y para que no os incomodéis, vamos á ir á ella.»

El guerrero Sigfrido sentía una sed abrasadora; mandó retirar enseguida las mesas para ir á la montaña en busca de la fuente.

Cargados en carro los animales que Sigfrido había matado por su mano, los trasportaron al país.

Al comenzar la marcha hacia el gran tilo, dijo Hagen de Troneja: «Me han dicho muchas veces, que no hay nadie que pueda aventajar en la carrera al esposo de Crimilda: ¿querríais hacérnoslo ver?»

Así le contestó el bueno y fuerte héroe del Niderland: «Podéis ensayarlo, pero quiero dirigirme hacia la fuente. Haremos una apuesta y se concederá el premio al que resulte vencedor.»

«Bueno, pues ensayemos» contestó el héroe Hagen. El fuerte Sigfrido replicó: «Hasta quiero acostarme delante de vos sobre la yerba.» ¡Con cuánta alegría escuchaba esto el rey Gunter!

El valeroso guerrero dijo: «Os diré más; quiero llevar mi lanza y mi escudo y todo mi equipo de caza.» Enseguida tomó su espada y su carcax.

Despojáronse de sus vestidos, quedándose ambos sólo con las blancas camisas. Como dos salvajes panteras, corrieron sobre la yerba; pero se vió llegar antes á la fuente al rápido Sigfrido.

En todo conseguía el premio sobre los demás hombres. Inmediatamente se desciñó la espada, dejó el carcax y apoyó su lanza contra el tronco de un tilo: el noble extranjero permanecía cerca de la corriente.

Grandes eran los méritos de Sigfrido: colocó su escudo cerca de la fuente, pero por grande que fuera la sed del héroe, no quiso beber antes que el rey.

La corriente era fresca, trasparente y buena. Gunter se inclinó sobre las ondas, levantándose cuando hubo bebido. El bravo Sigfrido lo hubiera hecho con gusto una vez más.

Muy cara pagó su atención: el arco y la espada le fueron quitadas con presteza por Hagen, que volvió corriendo para retirar la lanza, y buscó la señal en el vestido del guerrero.

Cuando el noble Sigfrido se inclinaba hacia la corriente para beber, lo hirió en la cruz señalada con tal violencia, que la sangre, brotando del corazón, manchó los vestidos de Hagen. Nunca la mano de un héroe cometió tan gran bajeza.

Dejóle clavada en el corazón la lanza. Ante ningún hombre en el mundo había huído Hagen de una manera tan vergonzosa. Cuando el fuerte Sigfrido sintió la profunda herida, se levantó saltando con furia; el asta de la lanza le salía del pecho. Creía tener cerca de sí su espada y su arco; Hagen hubiera recibido su merecido.

El herido de muerte, no hallando su espada, cogió del borde de la fuente su escudo y persiguió á Hagen: casi no podía escaparse el vasallo del rey Gunter.

Aunque la herida era de muerte, le pegó con el escudo con tan gran fuerza, que se rompió saltando por todas partes las piedras preciosas.

Repentinamente fué alcanzado Hagen; la llanura retembló con la fuerza de aquel golpe. Si hubiera tenido su espada en la mano, habría dado muerte al de Troneja. Su herida le irritaba y su dolor era grande.

Palidecieron sus colores; apenas podía sostenerse. Las fuerzas de su cuerpo lo abandonaban; en sus descoloridas mejillas, se veía la señal de la muerte. Bien llorado fué por muchas mujeres.

(Continuará)